

De Imaz, maestro de sociólogos

MARIA INÉS PASSANANTE

José Luis de Imaz llega al Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad Católica Argentina (UCA) con “Los que mandan” ya publicado.

Doctor en Derecho y Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA), y Licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad del Litoral, desde 1959, se dedicó a la investigación sociológica como miembro del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), primero en el Instituto de Sociología de la UBA, donde ejerció la investigación junto al Profesor Gino Germani, entre 1954 y 1966, y desde 1967 y durante 35 años en el de la Universidad Católica Argentina. Entre 1978 y 1980 fue Director del Departamento de Sociología de la UCA y después Director del Doctorado en Sociología.

Si bien la protohistoria y la prehistoria de “Los que mandan” relatada por su autor es anterior a su desempeño en la Universidad Católica, queremos dar testimonio de su trayectoria como formador de alumnos en investigación sociológica en esta Casa.

José Luis de Imaz desarrolla investigaciones de sociología aplicada más que de teoría sociológica. Bajo su dirección, en el Departamento de Sociología de la UCA, cada investigador elegía su tema, de sociología teórica o aplicada, pero cuando debíamos ser guiados nos sugería motivos que permitieran un ulterior pasaje a la acción y

nos invitaba a trascender lo analítico y elaborar conclusiones implementables.

“Pensar desde los datos” basándose “en las constataciones que invalidan o confirman alguna hipótesis previa”¹ pero sin caer en un empirismo excesivo y simplificador pues los grandes números son la expresión de lo observable y manifiesto, los datos “hablan *per se...* pero no mandan, trasuntan”², fue su vocación intelectual. Esta actitud de atenerse a los hechos no suele ser frecuente entre los pensadores argentinos, aunque admite algunas excepciones, entre ellas Alejandro Bunge.

Este “economista y sociólogo”, primero entre nosotros en utilizar indicadores, igual que José Luis de Imaz no fue un intelectual “por lo intelectual mismo” sino que concibieron “la investigación como un instrumento y su ejercicio como un acto de servicio”³. Según estos criterios orientó los trabajos que realizamos en el Centro de Investigaciones Sociológicas de la UCA y nos entrenó como sociólogos, conscientes que “sin mezclar estilos, los valores debían orientar comportamientos”. De José Luis hemos aprendido, que la producción intelectual ha de ser resultante de una combinación de saber y percepción intuitiva, de honestidad científica y del compromiso con los valores.

La riqueza de sus trabajos no se limita al conocimiento racional, sino que a éste incorpora sus “vivencias”. Dotado de una

gran creatividad, el autor de “Los que mandan”, recurre a diferentes fuentes de información, construye indicadores y combina la objetividad propia del análisis sociológico con la imaginación para “unir cabos sueltos”, para hacer prospectiva o para interpretar hechos elevando el nivel de abstracción.

Nos enseñó a recurrir a marcos de referencia externos para una mejor comprensión de los hechos de la sociedad nacional. En su estudio sobre los grupos que ocupan las posiciones jerárquicas institucionalizadas (“los que mandan”) “tenía *in mente* el marco de referencia francés”.

“Los que mandan” es un estudio sociológico sobre los grupos dirigentes argentinos en el período 1936-1961. Su principal contribución consiste, a mi juicio, en el singular análisis del poder de los grupos dentro de la sociedad, del prestigio que poseen y de “las diversas situaciones de status –origen social, niveles educacionales, pertenencia a clases sociales, tipo de carrera realizada– que invisten los que están al frente de esos grupos”⁴

En la Introducción, el autor nos advierte que “hay algunas razones que impulsan, en el caso argentino, a hablar de “los que mandan” en vez de la élite dirigente. Y esas razo-

nes surgen de la realidad del país y no de prejuicio alguno con respecto al “hecho elitista”. Queda así planteado el problema.

El problema es, a juicio de Imaz, generacional y “radicaría en la falta de un alto nivel colectivo de conducción. Toda una generación gobernante no estuvo suficientemente preparada para constituir una auténtica élite dirigente”⁵. La posible salida se vislumbra a través de una “generación nueva”: “en la que casi todos deberán ser nuevos –nuevos por su actitud– y en la que también habrá viejos-nuevos que hayan podido a tiempo asumir e internalizar las experiencias”.

¹ de Imaz, José Luis, “Las raíces del pensar”, Emecé Editores, Bs. As., 1990

² Beatriz B. de Tagtachian, José Luis de Imaz, Roberto Marcenaro y María Inés Passanante, “El Divorcio en Cifras. Una interpretación sociológica”, Editorial EDUCA, Bs. As., 1985

³ de Imaz, José Luis, “Los Hundidos. Evaluación de la Población Marginal”, Ed. La Bastilla, Bs. As., 1973

⁴ de Imaz, José Luis, “Los que mandan”, Editorial El Coloquio, Bs. As., 1977.

⁵ de Imaz, José Luis, “Los que mandan”, Editorial El Coloquio, Bs. As., 1977.

Los que mandan, 40 años después

JOSÉ LUIS DE IMAZ

La Facultad de Ciencias Sociales y Económicas y el Instituto de Ciencias Políticas de la UCA realizaron el pasado 7 de septiembre un Seminario conjunto en homenaje a los 40 años de la publicación de “Los que mandan”, una formidable investigación sociológica sobre la dirigencia argentina realizada por el destacadísimo sociólogo y profesor emérito de nuestra Universidad, Dr. José Luis de Imaz. La obra fue publicada por primera vez por EUDEBA en 1964 y reeditada trece veces más por la misma editorial, fue traducida al inglés por la New York University Press (Albany, dos ediciones), al alemán por la Universidad de Münster, al japonés, sin constancia de edición por Keiko Imai, y parcialmente al sueco por el Profesor Magnus Morner en su recopilación sobre las fuerzas armadas en el mundo.

Si yo soy yo y mi circunstancia -comenzó diciendo el Profesor José Luis de Imaz- aquí lo que importa es la circunstancia en su contexto de excepcionalidad, pero voy a relatar la protohistoria y la prehistoria de este trabajo por si pudiera ser útil a futuros investigadores.

La protohistoria, específica

Por obra de mi madre, hispanista, luchadora incansable contra la leyenda negra sobre la Conquista, nací en el revisionismo histórico argentino, pero no

uno simplista que hubiera reemplazado a malos por buenos y viceversa, ni elevado al Santoral al Brigadier General Don Juan Manuel de Rosas, sino otro más complejo y autocrítico. En primer lugar, me debo a Don Julio Irazusta. Antes de los 20 años ya había leído esa joyita que es el “Ensayo sobre Rosas”, una colección de conferencias pronunciadas por Irazusta en distintas bibliotecas populares del sur de Entre Ríos. Entre éstas sobresale su “Rosas Constituyente” que me sorprendió como joven estudiante de Derecho que era por entonces. En ese artículo Irazusta sostiene que Rosas gobernó siempre por el Pacto Federal, firmado el 4 de Enero de 1831 en Corrientes, por las provincias litorales, y al que adhirieron más tarde con mayor o menor buena voluntad las restantes provincias que conformaron la Confederación.

Por ese Pacto Federal se reconoció la autonomía de las provincias y la libre navegación del Río Paraná quedó librada a las provincias firmantes del Pacto. En cambio, la Aduana y sus rentas, fueron patrimonio exclusivo de la Provincia de Buenos Aires. Ésta asumió la conducción militar de la Confederación y su representación exterior. Tan cierto es lo primero que cuando Lavalle, al frente de su ejército libertador, invadió la Provincia de Buenos Aires, lo persiguió Oribe que era un oficial oriental, por delegación de la Jefatura de Rosas. Esa per-

secución culminó en Jujuy donde Lavalle fue asesinado por un arcabuzaso anónimo. Pues bien, cada vez que en cumplimiento de su cometido Oribe debía ingresar a una nueva provincia debía solicitar primero autorización de su respectivo gobernador. Lavalle, transportado por barcos franceses, había invadido primero la Isla de Martín García, superando la resistencia militar que le opuso su autoridad, el Comandante Costa, lo que costó la vida a unos 40 defensores de la isla. En ésta -según constancia pictórica dejada por el teniente francés D'Hastrel- se izó la bandera de Francia, seguida por otra más pequeña uruguaya. Con el mismo apoyo logístico, Lavalle desembarcó en San Fernando y al no encontrar apoyo alguno de la población civil comenzó su retirada al noroeste. Tras su trágica muerte sus fieles lo velaron en Tilcara, y después insólitamente, lo despellejaron. De ese modo separados piel y cuerpo trasladaron sus restos hasta Tarija, donde lo enterraron. Tarija era reivindicada por la Confederación, pero nunca adhirió al Pacto Federal.

Lo de la política exterior en manos de la Provincia de Buenos Aires, es más conocido. Se personificó en su Ministro Felipe Arana, y en la orientación intelectual del gran napolitano Pedro de Angelis. Cuando en 1853 se reunió la Comisión Constituyente en Santa Fe, invocó los pactos preexistentes donde, aparte del de San Nicolás, contó el Federal de 1831.

La otra conferencia interesante de Irazusta publicada en ese ensayo es la que identifica a Rosas como un César que no llegó a ser Augusto.

Munido de estas lecturas previas me aboqué a "La Argentina y el Imperialismo Británico", obra conjunta de Julio y Rodolfo Irazusta. La primera parte es hechura exclusiva de Julio y se dedica a analizar el trasfondo del Tratado Roca-Runciman, sobre exportación de carnes, que venía de ser firmado en Londres. La delegación argentina estaba encabezada por Julito Roca, el hijo del general, ex alumno de Eton, y desde su regreso a Buenos Aires destacadísimo *clubman* que dedicaba sus tardes a leer el "Times" en la Biblioteca del Círculo de

Armas. Tenía en su favor que hablaba un inglés muy fluido pero, a la inversa de su padre, era una de las personas menos indicadas para presidir una delegación para una dura negociación. Esa comisión -según lo relata Prebisch en unas memorias aún inéditas, a las que Imaz tuvo acceso por gentileza de su viuda- en esa comisión, decíamos, operaba un agente británico que Prebisch identifica y que informaba a la Corte inglesa de todo lo que se discutiera en el seno de la misma. Concedor del hecho, Roca optó por el silencio y no por el escandalete, suspendiendo todas las reuniones de comisión. Al término de la negociación -cuenta Irazusta- su Majestad británica, queriendo homenajear a los argentinos dijo en su discurso que nuestro país era como una colonia británica. Roca, diplomáticamente, dejó pasar por alto tamaña aseveración.

Pero el último capítulo redactado por Rodolfo Irazusta es el que me resultó más atinente a mi trabajo ulterior. En él se sostenía que desde la Independencia las élites dirigentes porteñas fueron gerenciales, comenzando por Rivadavia que firmó el primer empréstito con una firma financiera británica. Esos fondos fueron destinados a armar la burocracia del país, a comprar armas y a pagar pensiones a las viudas de militares. La deuda entonces contraída arrastró todo nuestro siglo XIX, y recién fue saldada por Roca a comienzos del siglo XX. Rivadavia consumió su actitud dependientista aceptando totalmente la intervención de Lord Ponsonby, delegado británico en Buenos Aires en pro de la Independencia del Uruguay. Desde entonces muchos nominales dirigentes no fueron otra cosa que gerentes, comenzado por Juárez Célman, y siguiendo por los gerentes de las empresas ferroviarias británicas, los exportadores de carnes y cereales, los grandes comerciantes de Buenos Aires importadores y los legisladores, que al sancionar la ley ferroviaria, eximieron de todo tipo de impuestos a estas empresas. El listado de Rodolfo Irazusta no excluía a Rosas, quien puso piloto automático a favor de los británicos en el conflicto franco-británico del Río de la Plata, lo que años después le garantizaría un cómodo exilio.

Cuando Julio Irazusta estaba en Buenos Aires presidía su peña, los sábados por la tarde en el “El Olmo”, en Pueyrredón y Santa Fe. Allí se reunía con todos sus fieles, y asistí a esa peña por incurable curiosidad. Los fieles eran los administradores de la *doxa irazustiana*. Quién en la peña hubiera hablado del “imperialismo norteamericano” automáticamente se habría sentido excluido por insanablemente tonto: lo del imperialismo norteamericano era una creación del *Intelligence Service*, para distraernos de lo esencial.

Julio Irazusta era, para los cánones de la época, un nacionalista *sui generis*: no hacía gala de religiosidad alguna, era visceralmente antiperonista, no era germanófilo, y creía en la democracia. Irazusta sostenía que desde la aparición de “La Argentina y el Imperialismo Británico” ninguna editorial local quería publicar sus estudios de historia y que, tanto en Sur como en el Anexo Cultural que dirigía Mallea, lo constreñían a escribir sobre los parnasianos franceses. Por eso, sus fieles le editaron su estupendo “Tomás de Anchorena”, que me contó entre sus originales adquirentes. Don Tomás -sostenía Irazusta- era la cabeza mejor pensante cuando se declaró la Independencia.

Mientras en la tertulia consumíamos café, Julio Irazusta pedía whisky, pero whisky importado, escocés. Si alguien hubiera osado entonces señalarle una contradicción, habría tenido una respuesta a flor de labios: “admiro a Gran Bretaña, estudié en Oxford, continúo siendo un lector cotidiano de su extraordinaria literatura, me entusiasman el sentido imperial del pueblo británico y sus mejores productos industriales, las telas, las porcelanas y, por supuesto, el whisky. Nuestro deber de patriotas argentinos consiste entonces en consumirlo todo, hasta dejarles a ellos lo menos posible”.

Ernesto Palacio, en cambio, era un nacionalista más clásico. Antes de cumplir 20 años yo ya había leído su admirable “Catilina” cuando como alumno de Derecho debí rendir Derecho Político. Al sacar bolilla el tema que me correspondía era Cicerón, rendí examen con las opiniones

del “Catilina” que presentaba al gran orador republicano como un expositor clásico de las instituciones, sí, pero también un defensor del Senado oligárquico. Palacio sostenía en aquel libro que Cicerón había sido un brillante abogado defensor de intereses contradictorios. El titular de la cátedra era el Dr. Faustino Legón, todo un caballero y magnífico expositor de historia de las ideas políticas. Interrumpió mi examen para decirme: “Ud. está hablando por boca de Palacio, la tesis de Palacio es muy interesante, pero iconoclasta y heterodoxa. Mientras Ud. sea estudiante de Derecho, para Ud. Cicerón tendrá que estar en el mármol”. Me calificaron con 9 puntos.

Años más tarde cayó en mis manos “La Teoría del Estado” de Ernesto Palacio, un magnífico estudio sobre la circulación de las élites, cuyo destinatario final, según se decía, era Perón, quien no acusó recibo de la crítica implícita en el libro. En su estudio Palacio desarrollaba la articulación entre Conductor, élites dirigentes y masa popular. Lo graficaba en un triángulo isósceles cuyo vértice era el Conductor, las élites lo sostenían, pero éstas provenían de una constante renovación popular. Si el ascenso y descenso de dirigentes se abroquelaba, la presunta élite devenía oligarquía. Yo por entonces no podía saber hasta qué punto Palacio era beneficiario de Wilfredo Pareto, y Gaetano Mosca, que, aunque citados en sus páginas, recién pude leer años más tarde en una estupenda biblioteca parisina.

Tanto Irazusta como Palacio fueron de formación intelectual “maurrasiana”. Cuando Charles Maurras fue excomulgado, Palacio se encuadró dentro de la Iglesia, pero viviendo desde entonces en equilibrio inevitable entre la “primacía de la política realista” y el sentido teleológico de su accionar.

La prehistoria de esta investigación

Concluidos Derecho en Buenos Aires y Ciencias Políticas en Rosario, en 1954 ingresé como miembro adscripto al Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

En 1955, tras la revolución, el Profesor Gino Germani asumió la dirección del instituto, e implicó una revolución copernicana en su orientación.

Germani llegó a la Argentina como romano expatriado por causa del fascismo. En Roma era masón y en Buenos Aires ingresó en la masonería donde forjó amistades y su futuro sustento político. Absolutamente informal como era le costó mucho, según me contó, la guarda de los ritos y de las “tenidas”, pero eran las reglas de juego. Germani era positivista, materialista histórico que no materialista dialéctico, y un progresista, que en el fondo era una expresión local de un “liberal” norteamericano. Estaba al corriente de todas las novedades bibliográficas de la sociología norteamericana, y en consecuencia nos puso también *à la page*.

No podía ser más antitética mi posición personal en relación a la de mi nuevo jefe. Pero Germani me perdonó pasados políticos que en aquella época eran inaceptables y que por esos tiempos agraváronse por mis simpatías por el General Lonardi y su gobierno. Sin embargo, el Profesor Germani hizo caso omiso de esas diferencias. Peor era que yo fuera católico, imaginaba que ese mal iba a ser pasajero en un intelectual honesto, pero mucho peor aún era que yo fuera ortegueano, vale decir, discípulo de don José Ortega y Gasset, porque no sólo era metafísico, sino autor de ensayos exitosos sobre la sociedad argentina. Germani sostenía que eso auspiciaba la pereza intelectual, que emitía opiniones sin el aval de los datos, pero que todo ello sería barrido por el triunfo final de la Sociología Científica, munida de cifras. En aquel instituto se vivía por entonces en la cuantitofrenia. Pero Germani tuvo la gentileza de permitirme, y auspiciar que yo dejara a salvo, en mi clase, todas mis discrepancias, en especial frente a su creencia epistemológica en la unidad metodológica de las ciencias, válida igualmente para las ciencias exactas que para las sociales. Esto afectaba mis vísceras más profundas, pero Germani enseñaba y no obligaba. Guardo de él un gran reconocimiento porque siempre me apoyó. A veces

sospecho que necesitaba del contradictor honesto en sus ideas. A pesar de su pasión por las cifras, ni Germani ni sus discípulos incurrieron jamás en el reduccionismo a las matemáticas que en Bariloche enseñaba el suizo Peter Heintz.

La mayoría de los profesores e investigadores del instituto eran social-demócratas, pero la inmensa masa de los estudiantes, con sólo muy contadas excepciones, marxistas de diferentes observancias: los más conservadores eran los del Partido Comunista. Los estudiantes eran intelectualmente muy despiertos y vocacionales: a mí me maravillaba entonces, y hasta hoy que no volví a encontrar nada igual, el tiempo que invertían en el debate de las ideas puras. Recuerdo, por ejemplo, el que les insumían las “Briefe”, es decir, las cartas intercambiadas entre Marx y Engels y hasta qué punto el primero sostenía que también había elementos superestructurales que podían incidir sobre la estructura socioeconómica, modificándola parcialmente. Marx era un atento lector de los textos de ciencias exactas, pero no habría podido imaginar a mediados del siglo XIX, que una tesis doctoral en Copenhague introduciría a comienzos del XX el “Principio de Incertidumbre” en las ciencias físicas. Los debates que voluntariamente efectuaban los alumnos constituían una verdadera ordalía intelectual de primerísima calidad. Una discusión sobre “La Teoría de la Alienación en Marx” les insumió días. Por cierto, que los más brillantes de entre ellos son hoy liberales de observancia estricta, que así descendieron de su fe en las leyes inmutables de la historia, a las leyes mutables del mercado.

En aquel contexto de ideas era prácticamente imposible hablar de élites dirigentes, para los estudiantes imperaba el espontaneísmo absoluto en los conflictos sociales y sólo los del Partido Comunista introducían su conducción por el Partido Comunista.

Pero de pronto emergió un trabajo de sociología norteamericano, que vino en apoyo de mis prioridades investigativas. Se trataba de “The Power Elite” de Wright Mills, un sociólogo marginado de la comunidad profesional norteamericana, también por poco apto a las cifras, un “radical”

difusor de Fidel Castro que igualmente acababa de publicar un escandaloso opúsculo a favor de rever toda la política norteamericana en relación con Cuba. “The Power Elite”, editado en castellano por el Fondo de Cultura Económica de México, tuvo en nuestro medio, un éxito sensacional. En su estudio Mills evidenciaba que una élite conducía la vida institucional norteamericana. Se trataba de una élite conservadora -era la época de la Presidencia del General Eisenhower-, “wasp”, y formada en las mismas grandes universidades de la Costa Este. Se trataba de la élite militar empresarial que Mills rechazaba en su totalidad. Este exitoso libro vino en mi favor, o sea, en pro de auspiciar mi proyecto de investigación.

El marco de referencia externo

Gracias al apoyo de Germani, que ya había dirigido mi tesis doctoral, tuve una beca externa del CONICET en Ciencias Sociales. Así me fui a Francia, venciendo sus originales resistencias para que lo hiciera a los EE.UU. Pero había hecho mi escuela primaria con el francés como lengua viva, mi secundaria también en francés y en el Colegio Champagnat purgábamos nuestras faltas recitando de pie los verbos irregulares franceses. Ingresé a Derecho con “En art de vivre” de Maurois y rendí francés para mi Licenciatura en Ciencias Políticas y Diplomacia. Mi inglés en cambio era lamentable.

En mis veranos, cuando me iba a Chile, acostumbraba visitar en CEPAL al Director del Instituto, Don José Medina Echevarría, un humanista español republicano excepcional a quien le confesé mis cuitas: “quiero aprender a investigar por supuesto, pero también quiero vivenciar un arco ojival puro y un vitral de medioevo”. “Sí, hombre, sí, me decía Don José, dígame a Germani que no sea majadero, que usted tiene que ir a Francia porque tiempo tendrá más tarde para los EE.UU.”. Así, en vista de mi terquedad vasca, Germani aceptó lo inevitable.

En Francia hice una pasantía en el Centro de Estudios Sociológicos, asignado a Sociología Política, que estaba a cargo de

M. Mattei Dogan, un cumplido caballero romano, que en esos días llevaba a cabo una investigación comparada sobre los Partidos Comunistas europeos. Al constatar que yo leía italiano, quedó encantado y me confió el estudio de todas las biografías de los dirigentes del Partido Comunista de ese país. Poseía los datos publicados por el mismo partido, y me tocó realizar lo que luego haría en “Los que mandan”, el despojo caso por caso de los datos de las personas, extracción social, niveles formales de educación, provincias de origen, profesión, antigüedad partidaria y en la conducción, etc. Se lo llevé a M. Mattei Dogan para su estudio comparativo. Sólo muchos años más tarde y gracias a los “gramscianos” locales comprendí su ductibilidad partidaria debido al hecho de ser italianos, vale decir formados en el humanismo peninsular, tan diametralmente opuesto al racionalismo cartesiano, como al racionalismo kantiano.

En París me inscribí en la Escuela de Ciencias Políticas, cursé los Seminarios del Tercer Ciclo, equivalentes a nuestro doctorado, a cargo del Profesor Maurice Duverger sobre las estrategias de la Quinta República, y de M. Meynaud sobre técnicas de investigación. En la Sorbonne seguí los cursos de Raymond Aron.

Pero lo excepcional fue la Biblioteca de Ciencias Políticas, allí pude leer todos los clásicos que no conocía, Pareto, Mosca, Michels, que constituían el basamento teórico de la “Política Real” y fui analizando sector por sector los comportamientos de las instituciones básicas de Francia, el Poder Ejecutivo, el Ejército, la Iglesia, el empresariado metalúrgico, el gremialismo agropecuario, estos últimos tan dispares a los que yo conocía localmente. Es decir, que fui formando en mi cabecita un marco de referencia, distinto al nuestro, pero un marco completo al fin.

Me tocó vivir unos años excepcionales cuando gobernaba De Gaulle y estaba vigente el V Plan Económico Francés, basado en la racionalidad de las comisiones de modernización sectoriales. Además, en el Instituto de Desarrollos Económicos leí “Le Pain et la Parole” de François Perroux, un economista cristiano comprometido. Y en

“Economía y Humanismo” seguí como voluntario muchos cursos del Padre Leuret, constructor de un sistema de encuesta específica para el relevamiento de datos en sociedades con poca información estadística, o datos no confiables. Hoy, sus sucesores son lo que -en Naciones Unidas- confeccionan indicadores de “desarrollo humano”.

Pero el gran ejemplo, para mí, fue el de De Gaulle. Muchos años atrás el joven cadete De Gaulle estudió alemán en su Academia Militar, pensando que en su futuro profesional le tocaría enfrentar una nueva guerra con Alemania y que había que saber lo que pensaba el enemigo; así el Oficial De Gaulle se desesperaría luego viendo cómo sus colegas imaginaban otra futura guerra de trincheras y colocaban el mayor entrenamiento en Infantería, mientras su Estado Mayor se empeñaba en invertir cemento en una trinchera de contención: la Línea Maginot.

Mientras, De Gaulle veía que los alemanes construían por millares carros de combate livianos en vez de los pesados tanques de acero. Coligió, por ende, que Alemania invadiría por Bélgica a través de las Ardenas, tierra arcillosa y extremadamente húmeda. Todo eso lo documentó en su libro “El Hijo de la Espada”, pero nadie le hizo caso.

Por eso, a la hora de la Liberación, pensé que había que modificar sustancialmente los criterios de reflexión de tantas inútiles clases dirigentes, y para eso encargó a su hombre de más estrecha confianza, Michel Debré, la creación de un Instituto de Ciencias Políticas como apoyatura de un postgrado que debía ser una Escuela Nacional de Administración, entrenada en el estudio de casos -más anglosajonas pues-, y no en teorías como era el estilo clásico francés. Así nacieron los “enarcas”, una élite dirigente tecnocrática que se conecta entre sí y toma decisiones puntuales, al margen de los cambios políticos del país. Vanidosos sí, pero eficaces...

La investigación mediática

Vuelto a Buenos Aires, Germani me confió una Cátedra en el Departamento de Sociología, y allí comencé a investigar en

el tema que me apasionaba, previos seminarios con los alumnos que terminaban la carrera. Comencé a buscar información sector por sector. Con la Iglesia me fue fácil, era mi Casa, y las Guías Eclesiásticas suministraban una información muy completa, Obispo por Obispo. Para el Ejército conté con apoyos irremplazables: una de las alumnas del Seminario era esposa del General Rosas, que me abrió la vía para llegar al Comandante en Jefe, General Rosendo Fraga, quién me recibió muy amablemente, y puso a mi disposición unos suboficiales que se encargaron de buscar -en la Dirección de Personas- toda la información que resultaba indispensable. Cuando sistematicé los datos sobre los generales en actividad, entre 1936 y 1961, por espacio de cinco en cinco años, expuse mis conclusiones ante el General Guglielmelli, quién me hizo hablar en el Centro de Altos Estudios de las Fuerzas Armadas ante un auditorio de coroneles. El General Rattenbach, tuvo la gentileza de controlar todos mis datos y formular cuantas acotaciones y correcciones le parecieron indispensables.

En la Fuerza Aérea el Brigadier Rivara me suministró el mismo tipo de información, que expuse en la Escuela Superior Aérea, cuando yo era Profesor de Historia de las Ideas Políticas, ante los comodores en actividad. No pasé, en cambio, un examen aprobatorio del Servicio de Informaciones Navales, por donde la información sobre esa tercer arma resultó bastante más deficiente.

Sobre empresarios industriales no sabía nada, pero encontré boletines que me dieron información suplementaria. No tuve con quién chequear mis datos de la Unión Industrial, pero en cambio los de la Confederación General Económica fueron estrictamente controlados por un José Gelbard, a quién había tratado en reuniones integracionistas latinoamericanas. Los de la Sociedad Rural eran conocidos, muchos de ellos antiguos compañeros de colegio. Además, el ruralismo es mi medio natural, aunque pertenezco a una central confederal, muy diferente a la de la calle Florida.

Por esos años yo era también Profesor en la Escuela Sindical de la C.G.T., donde pude incorporar mis vivencias. Los datos me los facilitó ese excepcional estratega que fue José Alonso, Secretario General por la época, además de los que me suministraron los hombres de Luz y Fuerza, Juan José Taccone y Luis Angeleri. Alonso, de la Federación del Vestido, era sastre, y por eso, meticoloso, y Taccone, bibliotecario de Segba.

Sistematizados todos los datos, después las teclas se entremezclaron solas al amparo de una vocación intelectual, que no científica.

La investigación fue aprobada por Germani y el libro no mereció comentarios bibliográficos de mis pares, sólo los “gramscianos” cordobeses de “Pasado y Presente”,

señalaron que las conclusiones excedían los datos. Es cierto, cuando escribí el último capítulo sobre la ausencia de una clase dirigente en la Argentina, fui más allá de los datos. Ocurría que tenía *in mente* el marco de referencia francés. Y además, siempre creí que la ciencia social debía concluir con una opinión operacional. Es decir, que sin mezclar estilos, los valores debían orientar comportamientos.

He querido transmitir una experiencia de investigación, para quién le fuera resultar útil, sabedor de que consciente o inconscientemente fui formador de alumnos, no los entrené para continuar una investigación de este talante.